

LA CAMPAÑA DE ANIBAL y la historia militar Argentina en la obra del General Garmendia

Para los espíritus profundos que surgieron después del Renacimiento, la escuela casi única y más perfecta para el arte del buen gobierno en la paz y en la guerra ha sido la historia clásica, en su fase romana especialmente. Estadistas y militares hallaron en ella el derecho y la diplomacia por un lado, la estrategia y la táctica por el otro, aunando así, en un concepto uniforme, la ciencia política en la idea y en la acción. Maquiavelo, Richelieu, Gladstone, Bismarck, Cavour, Crispi, Montecuccoli, Giorgi, Dal Verme, Napoleón, se han formado todos en la escuela de Roma. El general Garmendia nos hará ver cómo nuestros soldados han seguido un camino análogo. En su excelente estudio histórico-militar sobre las campañas de Aníbal ¹, aunque manteniéndose estrictamente ceñido a su tema, sus incursiones en el campo de la historia argentina son frecuentes. Creo hacer obra útil para la juventud estudiosa al facilitarle la oportunidad de conocer en síntesis el pensamiento del preclaro militar argentino.

¹ José Ignacio Garmendia: Estudios históricos y militares sobre las campañas de Aníbal (desde España a Cannas), Buenos Aires, Peuser, 1898.

Vicente Fidel López declárale en una oportunidad que ese acercamiento histórico "era lo que nuestro general don José María Paz deseaba que alguna vez realizaran los militares argentinos, como nos lo dice en sus preclaras "Memorias Póstumas". Y es así como las grandes acciones de guerra de la antigüedad traen, para el general Garmendia, reminiscencias de las grandes acciones de guerra argentinas. "Alejandro en el paso de Hydaspes —escribe con orgullo,— Aníbal en el Ródano, Napoleón en el Danubio y Mitre en el Paraná, serán siempre bellos ejemplos que han dejado una brillante lección en la historia de la guerra, y con verdadera satisfacción hacemos brillar aquí el nombre de un general argentino, porque es una gloria militar que encuadra bien en la historia".

Hay en la historia argentina detalles poco conocidos que le sirven para explicar circunstancias nebulosas de las acciones antiguas. Así lo antiguo aclara lo moderno, como en el buen método didáctico actual, que cuidándose del anacronismo, nos conduce de lo conocido a lo desconocido por medio de la sana inducción. Se refiere, por ejemplo, a la batalla del Tesino y explica las graves consecuencias que ella ha tenido sobre toda la campaña, con una firmísima teoría psicológica históricamente realizada por el general Urquiza. Muy atinadamente comienza por dejar sentado que "a pesar de la obscuridad de la historia que se extiende sobre este hecho de armas, ocultando los importantes detalles que dan verdadero colorido a la acción, creemos encontrar la causa de este contraste en las disposiciones superiores, en la excelencia de la táctica y en la de los caballos que son los que dan ardoroso impulso y entusiasmo a los escuadrones que se lanzan a la carga: porque el valor y la disciplina entre ambos combatientes era igual... Esta célebre derrota

fué una dura lección para el cónsul romano que como hombre de conocimientos militares en adelante muy bien la aprovechó: pues los consejos de la temeridad son inoportunos cuando no se presenta la situación desesperada. . . . El más grande error que cometió Escipión fué haber olvidado la importancia capital que tendría ese combate en el futuro: porque la moral de la primera victoria casi siempre es de magna influencia en los sucesos posteriores de una guerra de tanta trascendencia como la que daba comienzo en este entrevero de soberbios jinetes. . . . tanto, que ha podido muy bien decirse, después que aconteció este hecho de armas, que la caballería romana fué derrotada allí para todo el transcurso de la guerra de Italia". Y en seguida comenta: "algo de la filosofía de la guerra nos sirve para saber investigar estos diversos movimientos del corazón del soldado; a estas oportunas inspiraciones en los momentos críticos de la guerra, suele denominarse genio. Cuentan que el general Urquiza un momento antes de la batalla de Caseros, quiso saber dónde estaban formadas las tropas de la vanguardia de Rosas que habían sido derrotadas días antes, y una vez que supo su colocación en la línea enemiga, ordenó que el ataque diera comienzo por ese punto, agregando: "Esos soldados están desmoralizados y estoy seguro que van a ser acuchillados". La previsión del vencedor de Caseros fué cumplida, y demostró con ese rasgo de perspicacia que había nacido con alma de general".

Al describir las terribles condiciones en que el ejército de Aníbal realizó el pasaje de los Apeninos para preparar la maniobra envolvente sobre Arezzo y atraer al ejército romano al desfiladero del lago Trasimeno, "ya nos figuramos —dice— lo que serían esas desoladoras jornadas, por haber sido actores de otra análoga que,

aunque en menor escala y sin grandes sufrimientos ni pérdidas de consideración, se hizo durante cien kilómetros: nos referimos a las que ejecutó el ejército aliado en la campaña del Paraguay antes de pasar el río de Corrientes y desde este punto hasta el Rincón de Zeballos. Rápidas marchas fueron éstas, constantemente por entre el agua, pero sin más molestia que la diaria producida por el continuo andar sobre un terreno encharcado, aunque en la noche siempre se encontraban pequeños albardones donde poder acampar”.

Después del desastre sufrido a orillas del Tesino, Escipión se encierra en Placencia, pero la situación se le hace crítica. Los galos se rebelan o conspiran, y “el peor enemigo que puede tener el jefe de una plaza sitiada o bloqueada es el temor punzante de la traición. . . . Aconsejado por la prudencia resuelve entonces ejecutar la retirada en una lóbrega noche de invierno con tal sigilo que pueda engañar a Aníbal. . . .” Pero “cuando Aníbal tuvo noticia por su caballería ligera de lo que pasaba, envió como refuerzo a la de línea y siguió el movimiento con el resto del ejército con el ánimo de batir a Escipión antes de que pasara el Trebia; y hubiese conseguido un triunfo espléndido atacando a las huestes consulares por la retaguardia, si los nómadas en vez de marchar sobre el adversario, ávidos de botín, no se hubiesen detenido a merodear en el abandonado campamento romano, dando así tiempo a Escipión a que con la mayor parte de sus fuerzas pasase el Trebia. . . . Por más siglos que se interpongan entre los hechos de la guerra, escenas muy semejantes los aproximan. Dos mil años después del suceso que acabamos de narrar, los paraguayos del 3 de noviembre malograron una hábil sorpresa llevada a cabo con vigor y energía, por haber perdido un tiempo precioso en saquear la vivandería de Tuyutí.” Véase

como el soldado tiene imaginación. Figúrase a los dos ejércitos, al romano y al cartaginés, puestos en frente uno del otro al iniciarse la batalla sobre el río Trebia, y nos los describe, sobre el relato de Livio y de Polibio, como que "se investigan a la distancia, las descubiertas escaramucean, se tienden lazos, se amenazan con estentóreos ultrajes, con una arrogancia decidora, como lo hacían los paraguayos y los correntinos en las avanzadas de Tuyutí". Asimismo cuando Aníbal, ya en el sur de Italia y en vísperas de Cannas ocupa por sorpresa una posición estratégica desafiando al general romano Minucio, "ese golpe de audacia —nota el general Garmendia— inflamó el alma de Minucio; ante aquella burla sangrienta se desata iracundo su carácter violento. No era para menos, soportar la insolencia de que a las barbas del poderoso ejército romano, un grupo de irregulares enemigos se enseñorease de una posición, cuya permanencia haría insostenible la del ejército consular; constituía una afrenta que reclamaba pronto castigo, ni más ni menos que aquella batería paraguaya que el 14 de julio se estableció sobre la extrema izquierda del ejército aliado flanqueándolo a corta distancia; y que por no haberse tomado ese mismo día, como lo aconsejó el general Mitre, costó raudales de sangre a los brasileños, orientales y argentinos".

La personalidad de San Martín es, naturalmente, la predominante en los paralelos históricos del general Garmendia. En el capítulo XV de su obra estudia el pasaje de los Alpes. Y es allí precisamente donde prodiga sus enjundiosas observaciones. "Napoleón y San Martín —escribe— han de ser siempre admirados como eximios maestros que han dejado eternos métodos de enseñanza, ejemplos difíciles de imitar por aquellos a quienes Dios no ha puesto en su corazón, el germen de las grandes obras. Como han inmortalizado las altas cum-

bres de las históricas montañas con sus audaces operaciones, que los asemejan en el sistema de guerra que emplearon, y los asimilan en la concepción del plan, justo es que les consagremos algunas líneas a ellos que, después del gran capitán africano, tomaron en la fuente de su inspiración sus grandes proyectos, aunque sin alcanzar su audacia ni la magnitud de los peligros que tuvo que arrostrar ni los obstáculos casi insuperables que venció indomable en su *Ilíada* de dieciséis años”.

Y aquí viene la miserable patraña del “plagio”. San Martín, como Alejandro, Aníbal, Napoleón y, en nuestros tiempos, Moltke, ha sido blanco del estúpido infundio. Oigamos a Garmendia: “el general Piérron atribuye el proyecto de la campaña de 1796 (se refiere a Napoleón) al mariscal Maillebois y presenta a Bonaparte como un plagiario de las campañas de 1745 y 1746 redactadas por aquel general; y aunque esta imputación ha sido victoriosamente refutada, probando que Napoleón no tuvo conocimiento de la obra de Maillebois y estableciendo la marcada diferencia entre las operaciones de este género y las de Bonaparte en la primera campaña de Italia, no podemos menos que calificar de aventurado error el afirmar que necesitaba el *Capitán del Siglo* robar ideas ajenas, pues tenía las propias, surgidas de sus profundos estudios militares y de su experiencia en las anteriores operaciones. Lo mismo se ha dicho de Aníbal, atribuyendo a su padre Amílcar el plan de su inmortal operación; de San Martín: que el pasaje de los Andes fué inspiración del general Guido, quien, a no dudarlo, fué su brillante colaborador y dió forma literaria a la idea del gran capitán argentino ².”

² Se recordará el libro escrito por un militar argentino allá por el año 1910. Tuvo mucha resonancia en su época. Atribuíase en él, en términos ultrajantes para el Gran Capitán, la idea del pasaje de los Andes a Guido, y su plan a

Viene, por último, el gran tema de la campaña de Italia y la de los Andes. Aquí el general Garmendia se explaya. "En este grande acontecimiento —afirma— San Martín se iguala a Napoleón, le supera, tal vez, dada la falta de elementos con que va a combatir; y ha de admirarse la seguridad con que estos ilustres guerreros han previsto los acontecimientos, y la calma imperturbable con que han procedido en todos sus actos, preparando pacientemente y con una actividad admirable, los ejércitos con que han de inmortalizar una época".

Termina luego con una página soberbia que vale la pena reproducir en parte: "El gran capitán argentino, tan admirablemente retratado por su ilustre biógrafo, fué, a no dudarlo, nuestro primer general aureolado con la gloria más grande de nuestra magna revolución, siendo la del general Mitre inmortal por haber transmitido con tanto talento y verdad histórica a la posteridad sus hazañas. Desde el primer momento, germinó en la mente del general San Martín, con perseverante empeño, el único plan aceptable y decoroso de terminar la guerra de la independencia: llevar la tea de la revolución libertadora a Chile y dominar la costa del Pacífico hasta el Perú, donde, dándole la mano a Bolívar completaría la magna obra. . . Como se ve, no había otro medio de hacer la guerra en esa zona, y como el único camino glorioso era el de la célebre cordillera, el gran capitán ar-

Las Heras. Por lo demás, ha sido dicho de Alejandro que su expedición había sido planeada por Filipo, su padre, y dirigida por Parmenión, su mejor general. Con respecto a Moltke en la campaña de 1870, dice Piërron, citado por Garmendia, que había tomado de Wilisen la idea de efectuar el despliegue estratégico de los ejércitos alemanes en el Palatinado, tomando al revés el Rhin y los Vosgos; de Clausewitz la idea de penetrar en Francia con tres ejércitos colaterales, marchando a distancia tal que pudieran sostenerse mutuamente, y no como en las campañas de 1814 y 1815, cuya teoría se le atribuye a Jomini; por último, a Muffing la disposición en escuadra para reforzar el apoyo mutuo de dos ejércitos colaterales.

gentino lo tomó con paso firme, y el más completo éxito coronó la obra. Y tan ciertamente era un propósito que dominaba la mente del general San Martín desde mucho tiempo atrás, que su ilustre biógrafo dice a este respecto: "Es un hecho establecido con hechos irrecusables, que desde 1814 San Martín había comprendido que los Andes y el Pacífico, eran el camino de la guerra argentina y de la revolución americana". Es claro, no había otra ruta estratégica, no existía otra línea de operaciones de algún eximio general. Tanto el general Mitre como el doctor López, que han investigado este punto con patriótico empeño y con un talento indiscutible, están contestes en restaurar en su verdadero lugar histórico esta inscripción rota. Mas suponiendo que el plan hubiera sido ajeno, sabemos que los egregios generales se forman estudiando a los egregios generales, y que el verdadero honor de la jornada está en superar las grandes dificultades y llevar a cabo con entereza, sabiduría y seguridad la empresa, no en redactar la combinación estratégica en el bufete. . . esa obra estaba prevista por él, porque de antemano eligió su teatro de la guerra: el centro de Chile; su campo de operaciones, los Andes y los valles de Putaendo, San Felipe de Aconcagua; su terreno de combate, Chacabuco; y ejecutó todo lo que en ese momento debía hacer un general".

Tomando como guía a Mitre presenta el plan del general San Martín "como para demostrar que en este único caso, lo decimos sin exagerar, se constituye en el brillante émulo de Napoleón".

Consigna a continuación el plan: "San Martín, como Napoleón, como Aníbal, no da un paso sin tener la seguridad de saber dónde pone el pie: sus conocimientos militares, sus estudios geográficos, su penetración militar y su arrojo, evitaron siempre que diera un golpe en falso

al poner en planta el plan acordado... Napoleón en los Alpes y San Martín en los Andes se encuadran en un brillante escenario, donde pueden ser medidos con el mismo cartabón. Limitada a este punto, la comparación es justa, pues demasiado sabemos que el Capitán del siglo no tuvo más rivales que a Alejandro, Aníbal y César”.

Para apreciar debidamente la excelente obra del general Garmendia requiérese un estudio de fondo que la analice en sus elementos constitutivos. Es lo que me propongo hacer en otro u otros trabajos que, espero, habrán de interesar. Aquí terminaré planteando una duda. El general Garmendia estudia la estrategia de Aníbal. La obra maestra de esta estrategia ha sido el plan de la batalla de Cannas. En esta batalla se estilizó un nuevo esquema del ataque oblicuo ideado por Epaminondas y practicado por éste en Leuctras (371 a. C.). Es bien sabido, pues él mismo lo dejó escrito, refiriéndose expresamente a Leuctras, que también San Martín aplicó este ataque en Chacabuco; pero con una innovación análoga a la de Aníbal en Cannas. ¿Cómo olvidó consignar este último detalle el general Garmendia?

En mi próximo trabajo estudiaré esta incógnita con la esperanza de poder ofrecer una solución satisfactoria.

Clemente Ricci.